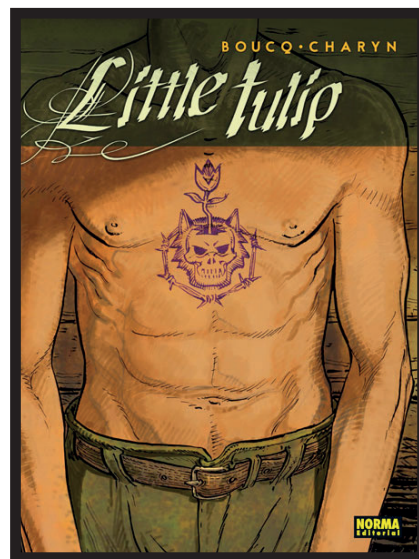

Little Tulip

CHARYN Y BOUCQ

Norma Editorial, 2016

Lo de Charyn y Boucq fue uno de los divorcios artísticos más célebres (y dolorosos para el lector) de la historia reciente del cómic europeo. A finales de los ochenta, tras encandilar a crítica y público con *La Mujer del Mago* y obviando las diferencias creativas acumuladas en su elaboración, se pusieron manos a la obra con *Boca de Diablo...* y entonces todo explotó. Boucq se quejaba de que la visión narrativa de Charyn era más de novela que de cómic, y Charyn de que las páginas entregadas por Boucq no contaban lo que él había puesto en el guion. Al final, el escritor se desentendió y el álbum fue terminado por el dibujante, totalmente libre de intromisiones. Pese al éxito de esta segunda colaboración, no volvieron a trabajar juntos hasta casi veinticinco años después, nada menos. Y el producto de esa reconciliación es *Little Tulip*.



Dadas las coincidencias temáticas entre *Boca de Diablo* y *Little Tulip*, se intensifica la idea de esta última como «obra de segunda oportunidad»: un protagonista víctima inocente de los ambientes más oscuros de la URSS de Stalin, narración a dos tiempos situando el presente diegético en el New York de los años setenta, un desmadre onírico final que rompe con el tono de realismo sucio imperante en el resto de la historia... Hilando un poco fino, incluso podríamos considerar que Paul es una especie de *alter ego* de Boucq a través del cual Charyn hace las paces con su compañero artístico. Paul es un maestro tatuador capaz de capturar en sus dibujos el alma y los anhelos de las personas. En una escena del tebeo, vemos cómo un testigo de un crimen queda asombrado ante el preciso retrato robot que Paul hace en base a su dubitativa descripción del sospechoso. ¿Pudiera ser esta una manera sutil de admitir que un buen dibujante puede expresar con su obra unos matices y una realidad oculta que va más allá del dominio de la palabra? ¿Que a lo mejor, si Boucq no dibujaba literalmente lo que se le pedía, era porque estaba aplicando su «magia»? Quién sabe.

Ante este panorama, es inevitable que se asome el fantasma de la nostalgia. Aparentemente, nada distingue a *Little Tulip* de la miríada de reuniones, *remakes* y secuelas que inundan el mercado cultural. Pero sí hay una diferencia fundamental, y es que esta reunión no es una

sombra de lo que estos extraordinarios autores produjeron en sus «tiempos gloriosos». Pese a los cambios de tendencias en el panorama tebeístico global, ellos hacen muy bien lo que hacen y conservan el «mojo» como si no hubiera pasado el tiempo. Boucq ya era un monstruo hace veinticinco años y no ha dejado de mejorar desde entonces; su capacidad para dibujar lo que sea, desde la perspectiva que sea, con todo el detalle que le apetezca y conservando siempre su impronta personal (pese a su técnica, totalmente alejada de las estériles tendencias hiperrealistas) lo convierte en un dibujante al que nunca hay que perder de vista, porque los de su especie escasean. En cuanto a Charyn, saca su vena de escritor visceral para firmar una historia que, a ratos, alcanza una intensidad absolutamente desgarradora, difícil de experimentar en otras obras de corte más, digamos, contemporáneo.

No vamos a negar que *Little Tulip* es una obra imperfecta, como también lo fue su predecesora, pero la suya es una imperfección de las que valen la pena: la falta de una historia redonda y sin irregularidades queda compensada con momentos de auténtico genio tebeístico. Sin lugar a dudas, la parte más floja es la ambientada en New York, pero quizás sea así por agravio comparativo con los tremendos pasajes del periplo ruso de Paul. A estas alturas de la vida, con la cacareada «normalización» del cómic como lectura adulta, llama la atención la enorme pegatina que le han puesto a la edición española del álbum, avisando de su contenido estrictamente indicado para mayores de edad; ese tratamiento especial no se lo han dado porque sí. La lectura nos hace testigos del proceso de «reeducación» estalinista para los enemigos de la patria sin ahorrarnos ni el más cruel y abyecto detalle, y con el agravante de que todo está contado desde el punto de vista de un niño. Boucq no se priva de echar mano de su habilidad para insuflar a algunas de esas escenas una suerte de belleza mórbida: violaciones múltiples y sangrientos duelos mortales a cuchillo se convierten en un festival abstracto de la carne, plagado de cuerpos imperfectos cubiertos de tatuajes, y componiendo una especie de danza macabra de dibujos animados por la violencia de los movimientos de sus portadores.

En medio del horror del gulag, Paul sobrevive (literal y metafóricamente) a través del arte. Su talento innato para el dibujo lo convierte en un bien preciado dentro de una sociedad criminal en la que los tatuajes son asunto casi sagrado, y la posibilidad de desarrollar sus habilidades artísticas se convierte en el último asidero para conservar su humanidad. La quizás demasiado trillada idea del arte como fuerza liberadora del espíritu cobra en este álbum una potencia difícil de ver en otras aproximaciones más o menos aburguesadas del mismo concepto.

Moviéndonos ya a la parte neoyorkina, la trama, inicialmente planteada como un caso aleatorio de asesinato en serie en el que se ve envuelto nuestro protagonista, poco a poco se desvela como un resurgimiento de viejos fantasmas y la consiguiente oportunidad para Paul de ajustar cuentas con el pasado. A esta sección le hubieran venido bien unas pocas páginas más, pues su resolución se nota un tanto apresurada. Se echa de menos un mayor desarrollo de Azami, la pupila de Paul, cuya condición de «alma gemela» de su maestro que se ve abocada por el destino a cerrar el círculo sangriento iniciado en Siberia resulta un tanto forzada. Con todo, Boucq dibujando el New York setentero compensa cualquier desfase de guion.



En conclusión, el tebeo que nos ocupa ha superado con improbable éxito el cúmulo de hándicaps que le venían de serie y lo posicionaban como un producto nostálgico y anticuado. Obras como esta nos recuerdan que el formato álbum francobelga sigue siendo viable e incluso óptimo para dar soporte al trabajo de artistas como Boucq, que luce muy bien en tamaño grande. Esta reconciliación un poco a destiempo, lejos de estropear el buen recuerdo de los viejos tiempos, nos deja con el deseo de que conforme el principio de una segunda etapa colaborativa que parece tener aún bastante que ofrecer.

DAVID RODRÍGUEZ MOSTEIRO

David Rodríguez Mosteiro (Melide, A Coruña, 1978) es ingeniero de telecomunicación por la Universidad de Vigo y se gana la vida como desarrollador de aplicaciones. Bajo la identidad secreta de Intramuros, navega sin descanso por los confines de la cultura pop, registrando sus hallazgos en intramuros.es y otros espacios de internet.